



Sexualidades sesentistas: pasando revista a algunos discursos sobre el placer

María Laura Schaufler¹

Centro de Investigaciones en Mediatizaciones - CONICET
Universidad Nacional de Rosario
Universidad Nacional de Entre Ríos
mlaura31@gmail.com

Resumen: El artículo analiza discursos de la sexualidad que se hallaban en boga durante la década del 60 en Argentina. En la época, el tópico del sexo se difundía junto a la promoción de la anticoncepción femenina y la educación sexual. Asimismo, se busca distinguir aquí los discursos sobre el sexo, de pretensión científica y neutralidad valorativa, de los discursos eróticos. Los ejemplos analizados provienen en su mayoría de una revista de actualidad de vanguardia en la época como fue *Life en español*, vocera de la ciencia y la educación sexual; como así también de la revista *Maribel*, una de las revistas femeninas nacionales de la década, destinada a un público de menores recursos económicos, dirigida a la mujer “moderna”, que publicaba notas sobre temas controvertidos relativos a la sexualidad y relaciones de pareja.

Palabras clave: Sexualidades – Sesentas – Prensa – Erotismo – Discursos

Abstract: The article analyzes discourses of sexuality that were in vogue during the 60s in Argentina. At the time, the topic of sex was released along with the promotion of female contraception and sex education. The article also seeks to distinguish discourses about sex, with scientific pretension and valorative neutrality, in front of erotic discourses. The examples discussed come mostly from a cutting-edge news magazine, as was *Life en Español* at the time, transmitter of science and sex education; as well as the magazine *Maribel*, one of the national women's magazines of the decade, aimed at an audience of fewer economic resources, addressed to the “modern” woman, who published notes on controversial issues relating to sexuality and relationships.

Keywords: Sexualities – Sixties – Press – Erotica – Discourses

¹ **María Laura Schaufler** es Doctora en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Rosario y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Entre Ríos. Se desempeña como docente de la cátedra Investigación en Comunicación de la carrera de Comunicación Social y como investigadora en proyectos de investigación y desarrollo relativos a la comunicación y sus relaciones con las áreas de la cultura, la filosofía, la epistemología y la educación en la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos. Es becaria Posdoctoral CONICET, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Instituto de Investigaciones en Mediatizaciones, Universidad Nacional de Rosario.

La sexualidad descarnada

“El especialista nunca está a la medida del erotismo” (Bataille 277).

“A falta de filosofía, reina la biología” (Onfray 114).

“Es como si recuperáramos por este medio lo que las grandes religiones y el psicoanálisis nos han enseñado, es decir, que el sexo no es ni neutro ni ‘simpático’, sino reto, placer y muerte, sombra y luz a la vez, que ‘la sexualidad forma parte del conjunto de las fuerzas que se ríen del hombre con una soltura tanto más soberana cuanto que el hombre pretende reírse de ellas’ (René Girard)” (Bruckner 167).

Este artículo está destinado a trabajar la problematización de la sexualidad en la década del 60 en el contexto de la prensa de actualidad y femenina, junto a algunas distinciones analíticas en relación con el problema del erotismo. El análisis se funda en una matriz teórica transdisciplinaria conformada por los estudios de género y sexualidades, la filosofía, la sociología, la historia de las ideas y los estudios de comunicación y cultura.

La sexualidad como categoría ha sido rastreada por Michel Foucault, quien procuró demostrar que, si bien muchas culturas y civilizaciones tradicionales desarrollaron artes de sensibilidad erótica, sólo la moderna sociedad occidental ha inventado una ciencia de la sexualidad. Se distingue así la *scientia sexualis* –ciencia de lo sexual–, propia de la civilización occidental, de la *ars erotica* –arte erótica– (Foucault *Historia de la sexualidad II*).

A diferencia del erotismo, que para sobrevivir necesita jugar a las escondidas, escabullirse, como un objeto esquivo (Georges Bataille), el sexo se ha discutido públicamente y ha sido investigado como una preocupación de la sociedad moderna (Foucault *Historia de la sexualidad I*). Eminentemente asociado a los sentidos del placer y del deseo sexual, el erotismo como discurso se constituye a sí mismo como objeto de deseo, busca interpelar al placer y habilita

el disfrute, sin pretensiones de neutralidad, jugando con la transgresión de una experiencia juzgada como maldita o culpable (Bataille). En cambio, siguiendo la teoría foucaultiana, puede decirse que la ciencia de lo sexual, destinada a la producción de saberes y poderes acerca del cuerpo –y quizás también de los propios placeres– permitió agrupar en una unidad artificial –“sexo”– a elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres.

La sexualidad como experiencia, como discurso y como figura histórica singular fue desarrollada desde los discursos de la medicina, la psiquiatría, el psicoanálisis, junto al establecimiento de reglas y normas, apoyadas en instituciones religiosas, judiciales, pedagógicas, médicas (Foucault *Historia de la sexualidad II*). Diferenciada de la experiencia cristiana de la carne, pero sin ser totalmente independiente de la temática del pecado, procuró escapar en lo esencial de la institución eclesiástica, aunque los saberes de la sexualidad retomaron métodos ya formados por el cristianismo.² Mientras la posición religiosa distinguía entre lo moral y lo inmoral, lo permitido y lo prohibido; la posición científica definía lo normal y lo anormal, lo correcto y lo incorrecto, lo sano y lo patológico. El discurso de la ciencia tornó al sexo un asunto público, como un campo a dirigir y regular, para el bien de todos: “El sexo no es cosa que sólo se juzgue, es cosa que se administra” (27).

La gestión de la vida sexual alertó sobre la necesidad de vigilar el sexo, apelando al socorro de técnicas científicas para su corrección. A través del control de la natalidad, las campañas de educación sexual, las políticas sexuales, se regimentaron sus prácticas. Los controles pedagógicos, médicos, morales, psicológicos emprendieron la tarea de prevenir, educar, proteger, señalando peligros, llamando la atención, exigiendo diagnósticos.

Una sexualidad mal administrada acarrea peligros, por eso debía ser ordenada mediante un régimen. Y dentro del régimen, indica Gayle Rubin, cada área de conocimientos y prácticas sostiene un ideal de sexualidad:

² “Continuidad visible, pero que no impide una transformación capital: la tecnología del sexo, a partir de ese momento, empezó a responder a la institución médica, a la exigencia de normalidad, y más que al problema de la muerte y el castigo eterno, al problema de la vida y la enfermedad. La ‘carne’ es proyectada sobre el organismo” (Foucault *Historia de la sexualidad I* 113).

Para la religión, el ideal es el matrimonio procreador. Para la psicología, la heterosexualidad madura [...] Aunque su contenido varía, el formato de una única norma sexual se reconstituye continuamente en otros marcos retóricos, incluidos el feminismo y el socialismo (“Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad” 23).

Las normas sexuales tácitas o explícitas que apuntan a regular el deseo y organizar, demarcar, la experiencia erótica producen un orden sexual de modo performativo, a través de la repetición de convenciones (Butler). Y coercitivamente, las presiones familiares, el estigma erótico, la discriminación social sobre conductas eróticas empujan a los carriles de la normalidad (Rubin), aunque, claro está, sin lograrlo completamente.

La continuidad del orden sexual implica reiteradas batallas sobre las definiciones, valoraciones, acuerdos, privilegios y costes de la conducta sexual, pues sucede que: “la sexualidad puede ser un terreno particularmente poco apto para la regulación” (Vance “El placer y el peligro” 44). El orden sexual supone, más bien, una empresa inacabable e inconclusa: la persecución de las prácticas ilícitas es una tarea de eliminación destinada al fracaso y obligada a recomenzar siempre.

El orden de la sexualidad no puede contener la actividad erótica, que vive de su transgresión, aunque ésta también, como indica Bataille, esté organizada. El movimiento entre la normativa y la transgresión funciona en relación a los géneros, tal como ha remarcado Butler. Las versiones socialmente normativizadas y reguladas de la sexualidad son figuras y fantasmas estructurados por fantasías dominantes o imaginarios que, sin embargo, incitan aquellas formas de deseo que aparentan controlar. En este sentido, la inflexión psicoanalítica que presenta Butler en su teoría de la regulación muestra no sólo cómo funcionan las leyes regulatorias sino cómo fracasan, ya que el deseo no logra ser completamente organizado por esa normativa. Por el contrario, muchas veces nace de –o es instigado a– transgredirla.

El placer y los discursos del sexo

El enfoque foucaultiano para analizar las problematizaciones y las prácticas en torno a la sexualidad desde un punto de vista discursivo en un período histórico implica tomar en consideración qué se dice del sexo, quiénes lo hacen, desde qué lugares y puntos de vista se habla y qué instituciones se involucran. La tesis de Foucault sostiene que la sexualidad se produce dentro de un orden discursivo. Lejos de ser ésta una naturaleza a descubrir, se trata de un dispositivo histórico de incitación al discurso, de formación de conocimientos, de controles y resistencias dentro de estrategias de poder y saber, y a la vez, de estimulación de los cuerpos e intensificación de los placeres.

El régimen de los discursos con pretensión científica acerca del sexo se torna normativo. No obstante, aquí también puede hallarse una cierta *ars erotica* que, en sordina, funciona bajo el disfraz de un positivismo decente. La producción de saber, por intervenida que esté por el modelo científico, ha multiplicado, intensificado e incluso creado placeres intrínsecos. En ese sentido, los discursos de la sexualidad pueden ser considerados eróticos. Además, los saberes sobre el placer obtienen un placer en saber sobre el placer. Y este placer por hacer hablar y oír acerca de la sexualidad se entremezcla con una objetivación del sexo en discursos racionales.

Como época, los 60 revelaron un mandato de ocuparse de la sexualidad, quedando ésta en el centro de la comprensión de la sociedad y los individuos (Cosse). Un nuevo registro discursivo tematizaba la sexualidad en la prensa de masas, construyendo una mirada sobre lo femenino y lo masculino heterosexual, y habilitando a hablar del placer, aunque fuera desde un discurso con pretensiones de neutralidad y transparencia. En las revistas de la época, en Argentina, los discursos de la sexualidad asentados fuertemente en la biología ponían en discurso al deseo femenino. Durante la década, la prensa femenina y de actualidad difundía información sexual.

La distinguida internacionalmente revista *Life* reafirmaba su prestigio con notas que daban el tono de época y creaban la ilusión de estar al día con las tendencias de avanzada en el mundo, al que nuevos sectores medios deseaban

pertenecer. La publicación propagaba modas internacionales que rara vez eran adjetivadas negativamente y que podían ser entendidas, en todo caso, como excentricidades de sociedades avanzadas. La revista permitía a los lectores argentinos enterarse, por ejemplo, de la educación sexual entre los niños y niñas daneses, la tendencia unisex de los adolescentes en Estados Unidos, las bandas juveniles en Alemania e Inglaterra, la moda nudista en Europa o la noche bohemia neoyorkina.

En torno a la sexualidad, una nota de *Life en español* de 1968 ubicaba el deseo sexual de la mujer en su ciclo menstrual. Definida como “hembra humana”, se diferenciaba de las otras mamíferas:

la hembra humana puede recibir y recibe al macho en cualquier instante de su ciclo mensual, que es de alrededor de 28 días, habiéndose observado que el deseo llega a su intensidad máxima, por lo general, unos días antes y unos días después del menstuo, en vez de hacia la mitad del ciclo, cuando es más probable que ocurra la ovulación. Sólo este hecho coloca a la hembra humana biológicamente aparte del deseo sexual cíclico de la mayoría de los animales (“Nacemos ya sexuales” *Life en español* 52).

Desde el discurso de la biología se relacionaba el deseo sexual femenino con el período de ovulación. También se problematizaba el orgasmo femenino:

Las muchachas tienen que afrontar muchos obstáculos para lograr la genitalización, u orgasmo. Se ha observado la masturbación hasta en niñas muy jóvenes, pero como esta práctica es objeto de tan severas restricciones –a consecuencia de la negación de la sexualidad femenina en la mayoría de las culturas– son muchas las mujeres que no experimentan el orgasmo hasta en edad muy avanzada, o tal vez nunca. Es evidente, por lo tanto, que las mujeres y los hombres difieren mucho en la forma de experimentar el orgasmo. Hay también diferencias entre hombres y entre mujeres en cuanto a capacidad sexual: impulso, intensidad, frecuencia, etc. (56).

El orgasmo era definido como una actividad genital, un impulso genito-sexual, que la sociedad imbuida en valores religiosos había relacionado al sentimiento de culpabilidad. Enfrentados con estos valores, los discursos de la sexualidad en la revista consideraban a los “sentimientos y actos eróticos” como “parte normal e integral del crecimiento” (58). La actividad sexual era clasificada dentro de los parámetros de normalidad o anormalidad, generando así nuevos

tabúes e interrogantes:

todavía estamos buscando aclaraciones: ¿Qué sentimientos y actos eróticos concretos, y en qué momentos y circunstancias, pueden considerarse “normales”? ¿Qué constituye, en verdad, lo normal en la sexualidad? Doctores y psiquiatras todavía responden en formas muy distintas a estas preguntas (58).

Descarnado, enfrentado al discurso de la carne y el pecado, el discurso de la sexualidad buscaba tornar “inocente” al sexo. La operación discursiva de la ciencia de lo sexual renunciaba a la exuberancia del erotismo en favor de la razón. Bajo una ideología científicista asentada en la observación y la transparencia, apuntaba sus armas discursivas disfrazadas de neutralidad valorativa contra los preceptos morales:

Las sanciones morales de la religión constituían antaño una guía suficiente para la mayoría. Pero esas sanciones y los conceptos en que se basan son cada vez más puestos en tela de juicio, hasta por teólogos, de modo que más y más laicos han llegado a pensar que en lo sexual pueden obrar a su albedrío.

Pero si ya no hay que temer más la cólera divina, ¿qué se ha de temer? Tal vez llegue pronto el día en que las enfermedades venéreas no constituyan una amenaza y en que los anticonceptivos sean tan baratos y sencillos que alejen todo peligro de un embarazo no deseado. Una vez asegurada así la inmunidad fisiológica, podemos suponer que al cambiar las costumbres se llegará también a la inmunidad social. Es decir, si alguien es descubierto en infracción a nadie le importaría y, por tanto, no habrá motivo para guardar secreto (“Desafío al Milagro de la Vida” Life en español 51).

A fines de los 50, Bataille había criticado la ciencia de corte positivista que buscaba tratar lo prohibido objetivamente. Traducida en datos numéricos que hablaban, por ejemplo, de la frecuencia semanal del orgasmo, la sexualidad era cifrada, al tiempo que sus estadísticas ratificaban sentidos comunes como el que la práctica religiosa frenaba la actividad sexual.

La sexualidad, entendida como información, suponía la concepción del dato como recorte de lo “real”, sustentado en una pretensión de transparencia del conocimiento y del lenguaje.³ Especialmente en Estados Unidos proliferaban

³ En esta línea, Gastón Bachelard (*La formación del espíritu científico*) y Louis Althusser (*Para leer El capital*) han compartido la crítica a la operación de lectura inmediata-ideológica fundada en una

investigaciones empíricas muñidas de datos abundantes, si bien, según Bataille, resultaba difícil admirar los conceptos teóricos de los que procedían.

Mediante la técnica de las encuestas sobre la vida sexual, la ciencia positivista hablaba de los comportamientos sexuales como de cosas. La observación científica colonizaba la relación sexual, tal como se muestra en esta cita de la revista *Life*:

Hay laboratorios científicos donde la práctica sexual se estudia clínicamente, es registrada y medida por instrumentos y filmada en colores, y muchos lo aceptan ya como algo lógico: hombres y mujeres de diversas edades, solos o en parejas, con o sin ayuda de dispositivos artificiales, están dispuestos a ejecutar actos sexuales y hasta ganar pequeños honorarios por su contribución a la ciencia (“Ciencia y Sexualidad” *Life* en español 51).

Los datos hablaban de la sexualidad pero no del erotismo. Desde la teoría de Bataille es posible criticar asimismo esta noción de sexo: “Incluso cabe preguntar abiertamente: ¿hablan estos libros de la vida sexual? ¿Estaríamos hablando del hombre si nos limitáramos a dar cifras, medidas, clasificaciones según la edad o el color de los ojos?” (160). El auténtico conocimiento de la vida sexual no podía deducirse de los informes, y las estadísticas, las frecuencias semanales, los promedios que sólo tenían sentido en la medida en que se era consciente del exceso del que se trataba.⁴

La sexualidad reducida a mediciones dejaba de considerar los aspectos confusos e irreductibles del sexo, incompatibles con una claridad observacional que distingue. Bataille insistía en:

pretendida transparencia de la visión en la cual los “hechos” tienen la evidencia de datos absolutos que se toman como se “dan”, sin pedirles cuenta.

⁴ A Bataille le resultaba irrisorio el discurso de los informes sobre sexualidad llevados a cabo por Alfred Kinsey: *Comportamiento sexual del hombre* (1948) y *Comportamiento sexual de la mujer* (1953). Con encuestas a más de 20.000 hombres y mujeres, había creado una base de datos que buscaban describir el comportamiento sexual en el ser humano, sacando a la luz comportamientos que hasta entonces habían permanecido en la más estricta intimidad y de los cuales no se hablaba ni en la comunidad científica ni en la sociedad. Frente a estos, decía Bataille:

Por ejemplo, si nos reímos (por la aparición de la incongruencia, que sin embargo parecería posible) al leer al pie de las diez columnas de un gráfico este título: *Fuentes del orgasmo en la población de Estados Unidos*, y debajo de la columna de cifras las siguientes palabras: *masturbación, juegos sexuales, relaciones conyugales o no, bestialismo, homosexualidad...* Hay una profunda incompatibilidad entre estas clasificaciones mecánicas, que habitualmente anuncian cosas (como toneladas de acero o de cobre), y las verdades íntimas (160).

un elemento irreductible de la actividad sexual: el elemento íntimo (opuesto a la cosa) más allá de las gráficas y de las curvas dejan las miradas externas interesadas en la frecuencia, la modalidad, la edad, la profesión y la clase: todo lo que, efectivamente, se percibe desde fuera entrever los Informes. Este elemento permanece inaccesible, ajeno (160).

El sexo como actividad se neutralizaba mediante el método científico de la observación y perdía sus componentes eróticos. Esto se contraponía a la turbación erótica, que suprimía la lucidez tan preciada del conocimiento metódico:

si una actividad sexual no se oculta a nuestra mirada, es susceptible de excitar. También puede inspirar repulsión. Si se quiere, la actividad sexual, aunque sólo se nos revele por una turbación poco visible o por el desorden de la vestimenta, pone fácilmente al testigo en un estado de *participación* (si la belleza corporal permite dar al aspecto incongruente el sentido de un juego). Semejante estado es confuso y suele excluir la observación metódica de la ciencia (158).

En los discursos de la sexualidad, con su pretendida y pretenciosa neutralidad valorativa, tampoco había lugar para la función poética del lenguaje. Ello quedaba claro en una nota sobre Educación Sexual de la revista *Life* en 1968:

Bello, trascendente, digno de respeto y reverencia, tierno; con estos y miles de adjetivos más se ha descrito el tema de la sexualidad en miríadas de versiones. Pero gradualmente, por todo el mundo, las personas reflexivas empiezan a percatarse que no bastan los términos poéticos para satisfacer una honda necesidad general: la de entender mejor qué es la facultad sexual y qué significa para el hombre moderno (“Educación Sexual” *Life* en español 51).

El discurso del sexo se vestía con las transparencias de la neutralidad. Convertido en información, el placer erótico entraba al terreno de la sexualidad, por medio de textos, manuales e investigaciones. Las estadísticas y clasificaciones fijaban los placeres sexuales, y a la vez los instruían.

En la prensa de actualidad la sexualidad también comenzaba a ser divulgada y definida como “experiencia”. Acerca de este término, Preciado indica que el concepto de “experiencia sexual” apareció durante la época como producto de tecnologías de la representación que aspiraban a presentarla como natural. A la vez, empezaba a hablarse de una sexualidad no estática, en movimiento, con

diversos significados, sensaciones y conexiones, además de su mutabilidad en la vida de un individuo.

La sexología se afianzaba como la ciencia de la sexualidad, es decir como: “la rama de la biología –en el sentido más amplio– que tiene por objeto el conjunto de los hechos biológicos, y especialmente humanos, en relación directa con la noción de sexo”, tal como documentaba Lo Duca (4) en su *Historia del erotismo* aparecida durante la década. Los nuevos sexólogos publicaban libros en los que ofrecían asesoramiento técnico acerca del sexo. La sexología desmitificaba al sexo, según Lo Duca: “La propia ciencia ha tardado en desafiar al tabú. Después nació la sexología y se le dio al instinto sexual su valor justo, quitándole su halo misterioso, sagrado si no maldito” (3).

A la vanguardia, la revista *Life* difundía discursos de educación sexual que afirmaban, por ejemplo, que

no nos volvemos repentinamente personas sexuales el día del matrimonio, ni siquiera en la pubertad; somos legítima y normalmente sexuales desde el mismo día en que nacemos, aunque las condiciones de nuestra sexualidad varían sensiblemente según la edad y las circunstancias (“Nacemos ya sexuales” *Life* en español 54).

En esta línea, el concepto de sexualidad se redefinía y problematizaba, como así también la idea de “instinto sexual”:

Se considera la sexualidad únicamente como medio de procreación o bien como diversión, como un derecho, un privilegio o una obligación, o se le usa como una expresión de amor, de odio u hostilidad, o violencia, como una forma de comunicación, un símbolo de jerarquía social y hasta como una forma de vender productos [...] utilizando fotografías de chicas lindas para invitar a los hombres a comprar jabones, o cigarrillos, o automóviles (52).

La cultura occidental ha considerado hasta hace poco la sexualidad exclusivamente como un instinto que hace descender al hombre al nivel más primitivo de su condición de animal. El científico cree que este instinto exige expresión por tratarse de una necesidad biológica elemental. El moralista y el sacerdote, si bien aceptan el concepto del instinto como una fuerza primitiva y animal, lo consideran peligroso y pugnan porque se domine y reprima. El psicoanalista trata de explicar los desajustes que la represión crea en la personalidad del individuo (“No sólo el instinto animal mueve al hombre” *Life* en español 33).

Amparados en un paradigma científico, los discursos del sexo pretendían desmitificar los tabúes. Las revistas femeninas argentinas comenzaban a difundir estas concepciones: “Ni el hombre es, genéricamente, la representación material del Mal, ni el sexo debe ser encarado como un tabú” (“¿Me lanzo o no me lanzo?” Maribel 62).⁵ En este sentido, la prensa femenina de la década⁶ acuciaba a las mujeres a afrontar sus temores y dudas al respecto:

¿Por qué una mujer inteligente y madura que ha sabido realizarse plenamente en todos los órdenes de la vida cotidiana tiene tantos temores y dudas para afrontar el problema del sexo? El amor no es ni debería ser nunca un tabú ni un mito (63).

Pero en el contexto de la prensa femenina –*Maribel*, *Femirama*, *Para Ti*, *Claudia*, *Vosotras*, entre otras– el sexo casi siempre venía de la mano del amor. La atracción física era muchas veces concebida como “una realidad inseparable del concepto del amor”, como parte del “verdadero significado del amor”, basado “no en la represión de sus instintos naturales sino, por el contrario, en la realización plena de los mismos” (63).

Así, la sexualidad entendida como información y actualidad mediante discursos de pretendida neutralidad valorativa también estaba asociada paradójica y fuertemente al amor, dimensión que reintroducía la poética en los discursos.

Algunas consideraciones finales

En las revistas femeninas y de actualidad de los 60 en Argentina se interrogaba al sexo y se lo aconsejaba mediante discursos especialistas. La prensa habilitaba la discusión sobre las pautas de comportamiento consideradas normales o correctas. Los debates mostraban la tensión entre un nuevo clima de ideas y las concepciones tradicionales sobre lo moralmente permitido, adelantando profundas transformaciones en las formas de considerar el cuerpo,

⁵ Algunas unidades de análisis no contaban con todas sus páginas, en este caso no se halló la página donde figurase el número de la publicación.

⁶ *Maribel*, de editorial *Sopena*, había surgido en la década del 30. Destinada a un público de menores recursos económicos, se dirigía a la mujer “moderna” y publicaba notas sobre temas controvertidos relativos a la sexualidad y relaciones de pareja, como la anticoncepción, el prototipo de mujer liberada, las nuevas pautas de organización familiar, la extensión de las relaciones sexuales prematrimoniales y los métodos anticonceptivos modernos, especialmente la píldora.

la sexualidad y el placer que desligaban irremediabilmente el sexo a la procreación.

Los discursos de la sexualidad gestaban nuevos sentidos que pasaban a ser comunes, y buscaban borrar el halo pecaminoso y prohibido del sexo. A diferencia de la renuncia al placer predicada por los moralistas a través de una descalificación de la carne, bregaban por la salud del cuerpo, en una comunión solemne entre el sexo y el discurso razonable:

Frente a la caótica confusión sobre la sexualidad y su papel en la vida, tenemos ahora claras pruebas de que por todo el mundo muchos pensadores y pensadoras están tratando de someter esta grande y central faceta de la vida humana a un estudio racional y constructivo. [...] Los conceptos y costumbres sobre la sexualidad están cambiando universalmente, porque en todo el mundo hombres y mujeres están cambiando en sí, en sus papeles respectivos y en sus relaciones recíprocas [...] para observar, tratar y dar sentido a estos cambios, a fin de que las nuevas generaciones puedan conocer el papel de la sexualidad en la vida, clérigos, maestros, médicos y otros profesionales de los EE.UU. coadyuvan en un esfuerzo sin precedentes para educar tanto a los jóvenes como a los viejos en materia de sexualidad, y el papel que ésta desempeña en la vida (“Nacemos ya sexuales” Life en español 52).

La sexualidad comprendida como naturaleza hacía de la unión sexual una realidad biológica. En este marco, aparecía como una función humana normal, aceptable y saludable.

Un discurso de la salud medicalizaba al sexo. Nuevas técnicas de examen y observación denunciaban la renuncia al placer y la descalificación de la carne como anormalidad o insalubridad. Los médicos desempeñaban un rol clave en cuanto a la información sexual en los medios de comunicación gráficos.

Un importante divulgador de la ciencia médica en Argentina durante la década fue Florencio Escardó, quien fomentó el control y la educación del sexo; la sexualidad debía ejercerse responsablemente. La medicina y la psicología ocupaban grandes espacios en las revistas femeninas y también en las de actualidad. La información sexual capacitaba a las mujeres para aprender y experimentar el placer sexual, desligado del problema de la reproducción.

El sociólogo contemporáneo Anthony Giddens en *La transformación de la intimidad*, rescata la reflexividad que estos discursos de la época generaron:

Estos debates formaron parte de un amplio dominio público, pero también han servido para alterar las opiniones iletradas sobre los actos sexuales y sus implicaciones. No cabe duda de que el balance científico de estas investigaciones ayuda a neutralizar el malestar moral relativo a la índole específica de las prácticas sexuales particulares. Mucho más importante, sin embargo, ha sido el hecho de que el surgimiento de tales investigaciones indica y contribuye a acelerar la reflexividad sobre el nivel de las prácticas sexuales ordinarias y cotidianas (21).

La pérdida de la virginidad, las relaciones prematrimoniales u ocasionales y la anticoncepción eran temas que ganaban protagonismo en la prensa femenina. Pero entonces, si bien no existía ya una mudez respecto del sexo, había tópicos silenciados y regiones en las que era mejor hablar con mucho tacto y discreción, como, por ejemplo, las relativas al aborto. En los discursos de la sexualidad también funcionaba el secreto; pero a diferencia de lo que sucedía con el erotismo, no participaban del juego de seducción basado en este mostrar y ocultar. Se trataba más bien de problemas que los discursos se rehusaban a tratar o se prohibían nombrar, en un contexto político de fuerte censura mediática.

Las voces autorizadas en el discurso sexual eran las de los especialistas amparados en la ciencia. El tratamiento público de la sexualidad estaba bajo una fuerte codificación, con formas de discreción que autorizaban a hablar a algunas voces calificadas. Ello implicaba un control de las enunciaciones y definía las condiciones de posibilidad para hablar del sexo.

Bibliografía

Althusser, Louis. *Para leer El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI, [1969] 1990.

Bachelard, Gastón. *La formación del espíritu científico*. Buenos Aires: Siglo XXI, [1938] 1984.

Bataille, Georges. *El erotismo*. Buenos Aires: Tusquets, [1957] 2010.

Butler, Judith. *El género en disputa*. Barcelona: Paidós, [1990] 2007.

Cosse, Isabella. *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.

Duca, Lo. *Historia del erotismo*. (Traducción Juan José Sebrelli), [1964] 2000. Web: Elaleph.com. Acceso: 18/12/2014.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

---. *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Giddens, Anthony. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra. 2ª edición, 2008. Web. Docentes. Unal. Acceso: 18/07/2014.

Onfray, Michel. *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*. Barcelona: Anagrama, 2010.

Preciado, Beatriz. *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama, 2010.

Rubin, Gayle. "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad". Vance, Carole S. (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución, 1989. Web. Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales. Acceso: 18/07/2013. 1-59.

Vance, Carole S. "El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad". Vance, Carole S. (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución, 1989. 8-49.

Artículos de revistas referidos

"Ciencia y Sexualidad". *Life en español*. vol. 34. Año 2. 28/07/69: 51

"Desafío al Milagro de la Vida". *Life en español*. vol. 34. Año 2. 28/07/69: 46-54.

"Educación Sexual". *Life en español*. vol 32. N° 8. Año 1. 07/10/68: 51.

"Nacemos ya sexuales". *Life en español*. vol. 32. N° 8. Año 1. 07/10/68: 52-58.

"No sólo el instinto animal mueve al hombre". *Life en español*. vol. 34. N° 2. Año 2. 28/07/69: 33-40.

"¿Me lanzo o no me lanzo?". *Maribel*. s/n. Año 34. 1965: 62-63.